



RECUERDOS DE UN COMPROMISO

(TEDORO CAMPOS SOTERAS)

TEODORO CAMPOS, UN EJEMPLO PARA LOS SOCIALISTAS DE HOY

Teodoro Campos Soterías nació en Farasdués en 1910, en una familia de pequeños agricultores. El transcurso de la vida lo llevó al compromiso político, a la guerra, al exilio y a la reanudación de la vida en España tras la muerte de Franco.

Su trayectoria, su compromiso con la causa del socialismo y su valor personal hacen de Teodoro Campos un paradigma, un ejemplo vivo para las generaciones actuales.

-Háblanos de tus inicios en el movimiento socialista.

-Ingresé en la UGT en 1929 y en el PSOE en 1932 y lo hice por considerar que estas dos organizaciones eran las que mejor defendían los derechos de los humildes, además de que podían darle a nuestro país más libertad y un progreso cultural más elevado que el que existía en aquellos momentos.

Aunque la UGT se había formado en Farasdués en 1926, la decisión de ingresar la tomé el día que intervine en mi pueblo Francisco Largo Caballero, en una visita que hizo a once pueblos de las Cinco Villas en otoño del año 29. Largo Caballero fue un sembrador de ideas socialistas, pues dos años después el número de afiliados se había multiplicado por tres o por cuatro.

-Luego, la guerra...

-La noche del 25 de julio de 1936, cuando ya estaba acostado, una información que resultó una realidad me hizo tomar la decisión de salir a dormir fuera del pueblo, y cuando quisimos regresar al amanecer nos lo impidieron hombres armados que cercaban el pueblo.

Luego tratamos de llegar hasta las tropas republicanas, y lo conseguimos después de haber permanecido en las proximidades de Farasdués y luego en la "Carbonera", donde encontramos tres compañeros y formamos un grupo de siete. Juntos atravesamos el río Gállego por Santa Eulalia el 13 de septiembre, y nos incorporamos a la defensa de la República en Apiés el día 15.

En febrero o marzo del 37 me incorporé al batallón 118, llamado "Cinco Villas", que se había formado en Caspe en enero. El batallón ocupaba entonces posiciones en Orna de Gállego y más del 80% éramos socialistas de nuestra comarca, entre ellos doce o catorce de Farasdués.

Cuando en abril del 38 se descompuso el frente de Aragón, yo formaba parte de la 43 División. Estuvimos en Bielsa tres meses, sin más comunicación ni suministro que el que nos llegaba por Francia. Cuando nos ordenaron abandonar la posición, tuvimos que hacerlo por territorio francés, desarmados, en un tren que nos llevó a Barcelona.

Tuve puestos de responsabilidad desde noviembre de 1937, lo que me hace poseedor de la tarjeta de identidad de oficial de las Fuerzas Armadas de la II República Española.

-Y, después de 37 años de exilio en París, el regreso.

-Cuando en noviembre del 75 empezó a vislumbrarse la democracia, me planteé la posibilidad, y al final creí que mi deber como socialista era volver. Pisé tierra aragonesa el 29 de mayo del 76.

En las primeras elecciones, las de junio del 77, voté en Farasdués, donde acué como interventor del PSOE.



Desde luego, desde ese momento, como había hecho en el exilio, seguí cumpliendo con mi deber militante. Formé parte de la lista socialista en las primeras elecciones municipales al Ayuntamiento de Zaragoza. Cuando en diciembre de 1979 se disolvió la Ejecutiva Local del PSOE fui uno de los cinco compañeros designados para formar una Comisión Gestora, que me eligió presidente. Fueron momentos difíciles, porque no existía, como yo lo entendía y sigo entendiendo, la concordia necesaria para que la familia socialista sea fuerte.

Yo querría decir a los compañeros de la UGT y del PSOE de las Cinco Villas que, a lo largo de los sesenta años que llevo perteneciendo a la organización, he sido conocedor del comportamiento de los socialistas de esta comarca, y puedo decir a los jóvenes compañeros de ahora que tienen un legado muy alto de ética y de honradez de aquéllos que los precedieron cuando la vida era más difícil. Que hoy, el mejor homenaje que se les puede rendir es hacer que estas tierras, tan fértiles para el trigo y otros productos, lo sean también para las ideas socialistas, como lo fueron en otros tiempos.

Es lo único que les pido.

Teodoro Campos trató a Manuel Alvar, realizó en el exilio un trabajo político intenso. Su modestia que le impide hablar de éstas y otras cosas, no puede evitar que sus palabras transmitan la impresionante calidad humana de los que, como él, han hecho de su vida una aportación sacrificada y generosa a la causa de la libertad, la igualdad y la justicia, en definitiva, a la causa del socialismo.

RELATO

Al proponerme hacer el relato de mi compromiso con las ideas socialistas, sólo dispongo para ello de mi memoria, con lo que si cometiera algún error éste sería involuntario y alejado de mi deseo.

Fue en el otoño de 1929 cuando, después de llevar observando cierto tiempo la actuación de unos pocos de mis conciudadanos de Farasdués (Zaragoza) que habían creado la Unión General de Trabajadores (UGT) dos o tres años antes, y habiendo decidido yo que tenía que unirme a ellos, fue entonces, digo, cuando se produjo en el pueblo un hecho que sobrepasaba todo lo ocurrido. Fue la presencia y la intervención pública del compañero Francisco Largo Caballero, en un recorrido que hizo por 11 localidades de las Cinco Villas. El se dirigió a los campesinos de Farasdués, a los obreros y a otros que no lo éramos, pues también sufrimos la explotación de los terratenientes. Quiero decir que aunque nuestro trabajo fuera más independiente, la mitad del producto de nuestro esfuerzo había que entregárselo a aquellos que eran los propietarios.

Ante la situación existente en esta comarca, todos creíamos que se podía terminar con una Ley de Reforma Agraria, que arrebataría sus tierras a los poseedores de éstas por procedimientos legales, desde los Ayuntamientos. Cosa que todavía espero sea hoy el objetivo de los agricultores españoles.

Si como digo anteriormente me incorporé a la UGT en 1929, fui cofundador de la Agrupación Socialista en 1932, y como ya tuve la

ocasión de escribir y decir públicamente, nunca fui más ugetista que socialista, si bien la guerra civil y el exilio de casi 40 años me han impuesto moverme más en las coordenadas de la política, es decir del Partido Socialista.

Como desde el primer día fui poseedor del carnet de la UGT, me prometía ser un buen militante, cuando sobre 16 meses después llegó la preparación de aquellas históricas elecciones de 12 de abril de 1931. Fue para mí un orgullo poder participar en la designación, dentro de nuestra organización, de los cinco compañeros que fueron primero los candidatos y luego los concejales que con el apoyo y también control de los ya casi cien afiliados de que disponía la UGT, hicimos de Farasdués la envidia de muchos de nuestros convecinos. Pero para mí fue doble el orgullo, podríamos decir, pues por haber nacido el 17 de marzo de 1910, hacía aquel 12 de abril 25 días que había conseguido el derecho al voto.

Si ese día fui sólo votante, en todas las restantes elecciones que se celebraron en nuestro país, ya con el carnet del PSOE, fui interventor del Partido, así como de la UGT. En aquella época en Farasdués no se hacía nada por separado, pues los afiliados al partido, sobre un 30% de la organización, serían 30 ó 35.

Creo fue en los primeros de 1936 cuando el Gobierno convocó las segundas elecciones municipales, que fueron anuladas para la celebración de otras, a compromisarios que sólo servirían para la elección de Don Manuel Azaña como presidente de la República, como así ocurrió.

Si bien, como decía, las elecciones municipales se anularon, en Farasdués ya habíamos elegido y formado la lista de componentes de la candidatura.

Si digo que en la asamblea de esta elección quizás no faltara ninguno de los alrededor de 125 afiliados que formábamos la familia socialista, creo no falto a la verdad. Como de los siete concejales sólo se podía hacer la lista de cinco (para que la minoría tuviese representación) en nuestra asamblea se optó por proponer ocho nombres, y los cinco más votados por la asamblea serían los candidatos al Ayuntamiento. Como de los ocho que estábamos en dicha lista sólo tuvieron más votos los compañeros Gabriel Marco y Francisco Larraga, alcalde y teniente de alcalde de la anterior Corporación, mi nombre quedó el número tres de los propuestos para aquel Ayuntamiento que no llegó.

Para mi fue grata la confianza de aquellos compañeros, fue y es la forma en que se hacían las cosas en aquellos momentos, lo que me hace recordarlo con nostalgia. Pues si bien con Gabriel trabajábamos muchos días juntos y nuestros momentos de tertulia llegaban todas las tardes, yo fui a aquella asamblea sin que nadie me dijera que podía ser candidato. Fue muy simple y democrático, se levantó un compañero que aún se llama Antonio Laita, propuso mi nombre y la asamblea votó.

El recuerdo de aquello, los hechos y las formas de nuestro tiempo me dicen si tantos sacrificios merecían la pena si comparamos la poca similitud del funcionamiento interior presente. Habrá que convenir que la democracia interna actual deja mucho que desear.

Tanto la UGT como el PSOE nos hizo acreedores en Farasdués de ser activos participantes en la vida de nuestra organización en la provincia y fuera. Es por ello que en el otoño de 1931, cuando el gobernador de Zaragoza destituyó al Ayuntamiento de Gallur, con mayoría socialista, elegido el 12 de abril, nuestros órganos provinciales, sobre todo la UGT (el PSOE tenía poca implantación)

fuimos unos 25 los farasduesanos que participamos en el acto de protesta.

En el mitin tomaron la palabra Arsenio Gimeno por las JJSS, Bernardo Aladrén, en aquellos tiempos teniente de alcalde del Ayuntamiento de Zaragoza por la UGT, y Manuel Albar Catalán, que creo ya era secretario general del partido. Fue mi primer acto de protesta público.

Con ocasión del mitin de Manuel Azaña en Comillas (Madrid), en el que parece estábamos sobre medio millón de personas, acudimos catorce o quince paisanos. Lo más típico de aquel viaje Farasdués-Madrid fue el sistema de transporte, en una camioneta cubierta que servía para el transporte de trigo a Ejea, y esto sentados en bancos de madera, con lo que algunas veces, en las revueltas de la carretera, nos encontrábamos todos por el suelo.

Como hicimos dos noches en Madrid el compañero Gabriel y yo fuimos a desayunar al domicilio del amigo y compañero Manuel Albar. Y después, en el mismo taxi, Albar a la tribuna y nosotros a formar parte de aquella multitud que protestaba por la política de aquel Gobierno de Lerroux y Gil Robles, que dejaba de ser republicano.

La huelga general declarada por las dos organizaciones socialistas (que tan trágica fue para los compañeros asturianos) el seis de octubre de 1934, también fue total en Zaragoza y su provincia, y por la cual el compañero Casiano Melero fue encarcelado varios meses. Como los responsables de nuestro pueblo de aquel momento habían dado mi nombre para que recibiera la consigna por correo, el hecho de que ésta no se transmitió me evitó, seguramente, conocer la vida de la cárcel.

Creo que el acto socialista más importante que se ha dado en Aragón fue el 18 de mayo de 1936, presentado por Eduardo Castillo, entonces diputado por Zaragoza, Manuel Albar, por los socialistas de Aragón, Ramón González Peña, dirigente asturiano que había sido condenado a muerte con motivo de la huelga de Asturias, en aquel momento presidente del Partido Socialista y el compañero Indalecio Prieto, que intervinieron ya desde el balcón del Ayuntamiento actual. *de época de los Caballeros*

Sin temor a equivocarme diré que a los cinco enseñantes que ejercieron en Farasdués les faltaron muchos discípulos; y no digamos de los adultos. Creo que no quedaron en el pueblo más que los que no votaban socialista, y parecido en los pueblos limítrofes.

Detallaré de memoria lo más importante, cuando llegó la intervención del compañero Prieto, en nombre de las Juventudes Socialistas. Quiso interrumpirle un joven de Zaragoza y Prieto le replicó: compañeros jóvenes socialistas, la situación en nuestro país es más grave de lo que vosotros imagináis. Conservar vuestras energías y vuestro espíritu revolucionario para pronto, que tendremos que defender nuestra libertad.

Nuestro gran compañero no estaba desencaminado, máxime cuando la intervención la motivaron porque decían hacía dejación, ya con acierto, de las teorías marxistas. Esto pasó dos meses antes del 18 de julio y Prieto no se equivocó.

Hay que reseñar aquí que en Farasdués -tanto las elecciones del 12 de abril de 1931 como las tres legislaturas que se celebraron en nuestro país, las últimas el mes de febrero de 1936- la candidatura socialista siempre estuvo próxima al 70% de los votos. Como ya he reflejado con anterioridad, nuestro pueblo no sufrió nunca enemistad ni conoció el odio, pues había mutuo

respeto por lo que pensaba el vecino o el pariente, cosa corriente por las grandes familias que componían todos los farasduesanos.

Si hasta la fecha antes reseñada la amistad reinó en Farasdués, no fue lo mismo después del 18 de julio, donde algunas de las fuerzas institucionales de la región se sumaron a los militares que en el país se levantaron contra el Estado republicano que España se había dado en 1931. Si nos limitamos a lo que ocurrió en nuestro pueblo tendremos que decir que a cinco o seis semanas de haber empezado, lo que fue una tragedia para Farasdués, fueron partícipes varios de nuestros conciudadanos. Más tarde me propongo mencionar sólo los hechos, y con ello espero hacerles partícipes de su responsabilidad.

El 18 de julio, si la memoria no me falla, en Farasdués todos fuimos a nuestras ocupaciones, pero no así el día 19, que lo hicieron muy pocos. Como ya en nuestro local social disponíamos del único aparato de radio, estábamos todos pendientes de las informaciones que llegaban de otros lugares. No sabíamos nada de Zaragoza, ni menos de Ejea y (creo) fue el 21 o el 22 por la noche, con una de las dos camionetas existentes, cuando nos desplazamos a Ejea Gabriel Marco, Eusebio Garcés y yo.

La entrevista que mantuvimos con el compañero Jesús Marín en su despacho consistorial de alcalde no nos tranquilizó, al decirnos que estaba en contacto permanente con el Teniente Jefe del Cuartel de la Guardia Civil. Nosotros le dijimos que disponíamos de una lista con más de treinta compañeros dispuestos a ir donde fuera necesario para defender la República, pero nos costó que desmovilizáramos a la gente. Cosa que no hicimos y teníamos razón, porque el día 23 el compañero Marín tuvo que abandonar su

ciudad, y ya andaba por Farasdués y sus cercanías, porque el Teniente de la Guardia Civil le había engañado.

En Farasdués no pasó nada, el alcalde publicó un bando para que todo el mundo entregase al Ayuntamiento la armas de fuego de que disponía. Quizás todo el mundo lo hizo, pero sobre el 25 de ese mismo mes la Guardia Civil de Eja, con varios de la comarca que se habían unido a ésta, entraron con algunos camiones disparando sus armas, y uno de ellos, sabiendo de quién se trataba, disparó al compañero Simón Fernández Pemán, que atravesaba la plaza para ir a su domicilio. Cayó muerto en el acto. Fue el primer asesinato.

En el mismo momento que los que se habían levantado contra el poder establecido en España entraban disparando para aterrorizar a los habitantes, salió a la calle el conciudadano Antonio Aísa y como extrañado de lo que pasaba al oír los disparos, la fatalidad hizo que pasara por la calle Nicolás Acín (de la zapatera) camino de su casa, quien aterrorizado sacó el arma blanca que poseía e impulsado por el clima que existía, unido al estado nervioso, le asestó 4 ó 5 golpes, dejándolo cadáver a pocos metros de su domicilio. Esto hizo que en el mismo momento Farasdués tuviera dos cadáveres, uno en la plaza y otro en una de sus calles.

Creo que fue ese mismo día cuando se nombró y se instauró el nuevo Ayuntamiento, elegido por personas que nada tenía que ver con la vecindad de Farasdués. Transcurrió un mes, viviendo bajo el terror por lo que ocurría en los pueblos limítrofes, donde también eran visitados, y donde un buen número de nuestros compañeros desaparecían y nunca se conocía su paradero. Temerosos de que un día llegaría nuestro turno, este fue el 25 de agosto de 1936. Recuerdo que el compañero Eusebio Garcés me había pedido venir a dormir conmigo, porque la casa de mis padres disponía de

una salida que casi daba a los campos. Mi hermana Rosa, con su esposo José Marco y sus cinco hijos, tenía el rumor de que aquella noche nuestro pueblo sería cercado.

Casi por el problema de la cama, aunque había cuatro, y por si el rumor era cierto, mi amigo Eusebio, mi cuñado José y yo decidimos coger una manta cada uno y marcharnos a dormir al norte del pueblo (detrás de Las Tiras). Cuando antes de amanecer nos aproximamos al pueblo, mi cuñado se anticipó un poco y le dieron el alto. Le dispararon dos tiros (sin consecuencias) que fueron los primeros de lo que después parecía una guerrilla. En los campos se abría fuego por todas partes.

Con Eusebio fuimos corriendo hasta el monte de Orés y allí nos acogieron unos amigos (creo) llamados Los Herreros, que estaban trillando en un campo de su propiedad. Como yo había salido de casa con alpargatas estos amigos me dieron otras, en vista del mal estado de las que llevaba. Aunque estos amigos pudieron informar de que mi cuñado José había salido ileso de los tiros, nuestra impaciencia era grande, y resonaban en nosotros tantos tiros como oíamos al alejarnos de nuestro pueblo.

Así que (creo) fue el día 28 de agosto antes de amanecer, cuando llegamos al sitio llamado Los Tres Hermanicos, y cuando salía el sol vimos en el corral de casa Burgos a nuestro amigo Quintín Laita, que se decidía a sacar el ganado a pastar. Aun con el temor de ser vistos, puesto que había que atravesar por un campo, le llamé. Cuando me identificó empezó a volver al ganado al corral, para evitar el contacto conmigo. Pero la rapidez con que yo corrí los quizás 200 metros que nos separaban, hizo que pudiera informar de lo que ocurría en el pueblo.

Ocurrió algo entre los dos que tuvo su importancia para mí. Como las alpargatas que me había dado los amigos de Orés ya empezaban

a deteriorarse, le pedí al amigo Quintín que me las cambiara por las ~~mías~~ ^{mias}, proponiéndole que puesto que a nuestra casa podía acudir sin entrar en el pueblo, mi madre le entregaría las mías. El temor de que si se enteraban sería motivo suficiente para que le arrebataran la vida, motivó que en principio no aceptara el cambio. Pero como mi situación era realmente crítica (pues peligraba quedarme descalzo) con tristeza tuve que amenazarlo y decirle que si yo no podía quitárselas llamaba al amigo Eusebio. Para mí esas albarcas eran la vida o la muerte. Finalmente me dio sus albarcas y cuando llegé a su casa ya había pasado por la mía y mi madre le había dado las mías.

Hoy, cincuenta y cinco años después, cuando la vida, pienso, me ha castigado bastante, creo que el hecho que acabo de reseñar ha sido el que más he recordado. Con más de medio siglo después, quiero manifestarle mi agradecimiento al amigo Quintín Laita, y decirle muchas gracias, con mi grato recuerdo.

Después del relato de lo ocurrido, que estoy seguro él se sentía satisfecho, el amigo Quintín me informó que mi cuñado José y ocho o diez más se encontraban en la próxima montaña, llamada Puipasterillo. Junto a Eusebio me dirigí allí y a los pocos minutos la alegría fue grande entre nosotros. Como mi cuñado se encontraba en un puesto un poco distante de los otros, haciendo, por así decirlo, de centinela, cuando yo llegué hasta él apenas nos dio tiempo de abrazarnos, pues ya vimos los camiones que se dirigían hacia nosotros. Ya que sólo nos quedaba la solución de huir hacia el monte de Orés, el camino elegido por mi cuñado fue menos afortunado que el mío, puesto que los que nos esperaban en todo lo largo del río Orés, pudieron detenerlo junto con el compañero Miguel Melero, que le acompañaba.

A nosotros, con el amigo Eusebio y Jerónimo Idoipe, nos dispararon algunos tiros pero pudimos salvar la barrera que nos habían preparado para cazarnos en la huida. Así es como pudimos volver a dormir en una cueva en el monte Orés, junto al compañero Wenceslao Marco, al que encontramos en la zona.

Antes de continuar con mi relato puede decir que en Farasdués se creó un cuartelillo donde bastantes de sus conciudadanos se integraron en él y participaron en lo ocurrido a partir de aquella fecha. Así, al arrebatado de productos comestibles de que disponía las familias de los que habíamos tenido que marcharnos. Y si esto era grave, más lo era el ir ante un enfermo y arrebatarse la manta que le cubría, argumentando que en el cuartelillo la necesitaban. Omito voluntariamente el nombre del enfermo y el del ejecutor de la acción.

Otro acto que puedo reflejar aquí, sin temor a equivocarme, es la visita a mi domicilio en el curso del mes de diciembre de un primo hermano mío, visitando todas las dependencias de mi casa, con el arma en la mano por si yo me encontraba por ahí. Ni los reproches de la hermana de su padre le hicieron desistir. Otro que fue mi amigo, también armado, se encontraba en la calle por si la suerte, o la astucia, me permitían escapar del intruso.

Ese mismo mes otro de los servidores de aquel criminal Movimiento, nacido y vecino de Farasdués, cumpliendo la misión (creo) que la habían encomendado, fue a buscar a un primo hermano mío, que era también primo de su esposa y no accedió si quiera al deseo de ésta de poder despedirse con un beso y besar también a sus hijos.

Lo ocurrido en el término municipal de Orés fue también prueba del comportamiento de algunos de los vecinos de nuestro pueblo. Así ocurrió en el caso de uno de los compañeros de Orés, quien

después de cierto tiempo con las fuerzas republicanas, regresó a su tierra y se cobijó en la casa o paridera llamada La Casa de Boliche. Los de Farasdués participaron en el asedio, pero él se defendió con el arma que tenía mientras tuvo munición, hiriendo a dos de nuestros convecinos. Con la última bala que le quedaba se quitó la vida.

Hubo y se podrían reflejar otros casos pero creo ya son suficientes como demostración para poder juzgar a aquellos que emplearon estos procedimientos para hacer una España grande, y que olvidaban el contenido del sexto mandamiento, cuando con frecuencia se postraban ante el Cristo en el altar de la parroquia.

Desde la muerte de Simón Fernández fueron 42 las personas que desaparecieron, entre ellas 9 mujeres, en diferentes direcciones. Todas llevaban el camino de la muerte. El último asesinato, o los últimos, porque fueron tres, fue el de mi pariente Leandro Navarro, quien había vivido sabiendo que su existencia dependía del deseo de los otros, pues se permitía matar. Ocurrió en diciembre de 1936, o más tarde según otros.

LISTA DE VICTIMAS

Lista de los vecinos (socialistas) de Farasdués, asesinados por los franquistas en 1936.

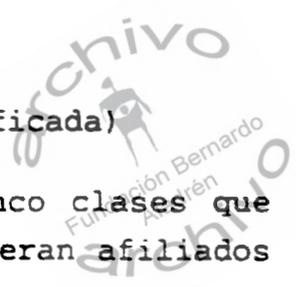
- 1- Matías Burgos
- 2- Miguela Compaired (esposos)

- 3- Cándido Elorri Soteras
- 4- Francisco Pemán Dueñas (esposos)
- 5- Juan Pardo Cortés
- 6- María Marco Duesca (esposos)
- 7- Paulina Pardo Larraga
- 8- Josefina Millán Pardo (madre e hija)
- 9- Antonio Pardo Cortés
- 10- Candelaria Melero Burgos
- 11- Raimunda Melero
- 12- Eusebia Pardo Larraga (inválida)
- 13- Mariano Palacio Garcés
- 14- Francisco Larraga Tris
- 15- Babil Lizáldez Larraz
- 16- Maximino Miguel Melero
- 17- Narciso Lamarca Soteras
- 18- Serafín Laita Elorri
- 19- Jesús Marco Duesca
- 20- José Marco Duesca (hermanos, con María Marco)
- 21- Santiago Alastuey Castilla
- 22- Gregorio Melero Abadía





- 23- Miguel Melero Abadía (hermanos)
- 24- Marciano Tris Larraga
- 25- Félix Fernández Pemán
- 26- Simón Fernández Pemán (hermanos)
- 27- Miguel Tris Larraga
- 28- Cesáreo Giménez Asín
- 29- Luis Giménez Asín (hermanos)
- 30- Leandro Navarro Soteras (cuñado de Luis)
- 31- Perfecto Pérez Calvo
- 32- Delfín Laita
- 33- Felipe Idoipe
- 34- Pablo Soteras Campos
- 35- Rogelio Soteras Pardo
- 36- José Compaired Lasilia
- 37- José Garcés Asín
- 38- Félix Soteras Tris (estos cinco por haber tardado, sobre una semana, a presentarse, al ser movilizados. Tenían entre 23 y 24 años).
- 39- Paco Mariana (Emeteria)
- 40- ~~Juan~~ Compaired (pastor)



- 41- Olimpia Laborda (Veterinario, la bondad personificada)
- 42- Angel García (Maestro, responsable de las cinco clases que entonces existían en Farasdués. Estos dos últimos eran afiliados al Partido Radical Socialista).

Compañeros de Farasdués muertos en defensa de la República

- 1- Eusebio Garcés Lizáldez
- 2- Juan Pardo Larraga
- 3- Leoncio Sánchez Pueyo
- 4- ~~Máximo~~ Lizáldez Alastuey
MELERO
- 5- Wenceslao Miguel
- 6- Fulgencio Melero
- 7- Isidro Millán Larraga
- 8- Florentino Elorri Pardo

Muertos en las filas franquistas

- Lázaro Guillén
- Santiago Guillén
- Joaquín Tris
- Faustino Campos Lasilla

Fortunato Soteras



Vecinos huidos de Farasdués

- 1- Pascual Elorri
Escritura Elorri padre e hijo
- 2- Pascual Elorri (padre e hijo)
- 3- Sebastián Elorri
- 4- Luis Elorri (hermanos)
- 5- Casiano Melero
- 6- Pedro Melero (hermanos)
- 7- Luciano (sobrino)
- 8- Isidro Palacio
- 9- Hilario Palacio (hermanos)
- 10- Leoncio Pardo
hijos Juan Pardo (hermanos)
- 11- Wenceslao Marco
- 12- Gabriel Marco (hermanos)
- 13- Hipólito ~~Pardo~~ Cortés (sobrino)
hijo
- 14- Jerónimo Idoipe
- 15- Angel Lizáldez
- 16- Antonio ~~de~~ Asín
- 17- Fermín Larraga



- 18- Fausto Tris
 19- Bonifacio Lana
 20- Teodoro Millán
 21- Antonio Pardo
 22- Marcelino Compaired
 23- Sebastián Soteras
 24- Juan Elorri
 25- Teodoro Campos

Balance de la población de Farasdués, a consecuencia de la Guerra Civil

Fusilados	42
Muertos en defensa de la República	8
Muertos en las filas franquistas	5
Total muertos	55
Huidos	26
Total víctimas (9 M y 71 H.)	80
Miguel Ruiz	1
<u>TOTAL</u>	<u>81</u>

En 1936 Farasdués contaba con unos 1.250 habitantes.

A los terribles crímenes ocurridos en 1936 en Farasdués, en los seis últimos meses del año, hay que mencionar algunos hechos cometidos con varias de las víctimas.

En primer lugar se puede resaltar que ninguno de los tres matrimonios que encabezaron la lista (Burgos-Ccampaired, Elorri-Pemán y Pardo Cortés-Marco) sabían leer o escribir. Por otro lado Eusebia Pardo Larraga era inválida y para andar debía llevar una bota ortopédica con una suela de 10 cms.

A Mariano Palacio Garcés que ya tenía (creo) más de setenta años, en el sitio llamado Paules, en la carretera de Ejea-Erla, le cortaron los testículos y enterrado derecho, hasta la cintura. Se le dejó morir.

José Marco Duesca, que fue detenido con Miguel Melero Abadía en el monte de Orés en el lugar llamado La Torreña, en la plaza de Farasdués se le afeitó en seco.

Trágico es también el caso de los hermanos Félix y Simón Fernández Pemán; al primero se le hirió en un tejado y murió al caer a la calle; a Simón, como ya he dicho, lo mataron en medio de la Plaza cuando se dirigía a su domicilio. Fue la primera intervención de los fascistas venidos de Ejea.

Respecto a los hermanos Luis y Cesáreo Giménez Asín, al primero se le hirió cuando entraba en su casa para dar un beso a su esposa e hijos; cayó herido en la cocina de su casa, se le cogió en una sabana, se lo llevaron y murió; no tuvo derecho a ninguna cura. A Cesáreo se le paseó por las calles de Ejea con un cartel que decía: "Yo soy el que mató a Rafaelico", don Antonio Asín, gran propietario de Farasdués, quien con la boca tapada nunca

dijo nada, cuando todo el pueblo sabía que el que cometió aquella muerte fue Colás (Nicolás Acín), dicho "El Zapatero".

Si nosotros condenados este crimen como los más de cuarenta que Farasdués sufrió después, también tuvimos y tenemos derecho a pensar que Antonio Aísa era conocedor de lo que fue la primera actuación y tantas otras que tanto enlutaron el pueblo, lo que hizo además que muchos niños se quedaron sin padres.

Como relataba antes, ese día (que pudo ser el 28 de agosto) nos juntamos otra vez cuatro en el monte de Orés, durmiendo en una cueva y alimentándonos de lo que nos traían nuestros amigos ya mencionados. Habíamos tenido suerte ante el intento de cazarnos como a conejos. Así lo pensábamos al sentir que, a pesar de estar bastante apartados de todo contacto con la gente, el hecho de que ya el compañero Wenceslao sufriera una enfermedad de bronquios podría haber sido grave para nosotros, por su fuerte de tos, que se oía a muchos metros de distancia. El compañero Jerónimo solía decirle que iba a ser el causante de nuestra captura y, por ende, de nuestra muerte.

Esta situación, que debió de durar entre ocho o diez días, se acabó el día que emprendimos el camino hacia donde sabíamos luchaban los defensores de la República. Cuando llegamos al lugar llamado La Carbonera (Luna) y andábamos por aquel gran pinar, vimos que se aproximaban hacia nosotros tres personas, de las cuales sospechamos. Ante la duda optamos por salirnos del camino y tras la vegetación, cuando llegaron a nuestra altura, les dimos el alto. La suerte quiso que fueran tres compañeros de La Corbilla, en la misma situación que nosotros, y que además conocían aquellos lugares.

Ya formábamos un grupo de siete; entonces nos dijeron que iban a un corral cercano, no muy lejos de La Corbilla, a buscar una res

(pues había que comer). Al ser más, fuimos todos a coger no una sino dos reses, cosa que hicimos. Recuerdo que la puerta era de hierro y había que forzarla para llegar hasta el ganado. Como yo era el más pequeño, me tocó ser el mayor ladrón, cosa que hice embargado por las lágrimas, al pensar lo que motivaba cometer aquel hecho. Cuando ya lo habíamos conseguido nos dirigimos a donde estos compañeros tenían establecido su cuartel, junto a una hermosa fuente. Para nosotros fue muy importante este encuentro, pues ellos conocían bien el trayecto que debíamos hacer.

Pasados tres o cuatro días, con alimentación abundante y suficiente para afrontar el camino que nos quedaba por recorrer, el día 13 de septiembre (fecha que no podíamos olvidar, pues se celebraban las fiestas de Farasdués) decidimos acercarnos a Santa Eulalia de Gállego, para atravesar el río al anochecer, pues los puentes eran peligrosos. Por fortuna apareció el peluquero de esta localidad, que se refugiaba por ahí cuando no tenía trabajo para que no lo cogieran. Se esperó con nosotros y cuando llegó la hora nos acompañó a cruzar el Gállego por el lugar que él consideró más fácil y seguro. Como ya había llovido por los Pirineos, el río bajaba crecido y tuvimos que pasar cogidos por un palo entre cada uno de nosotros. Mojados y a salvo, vimos amanecer en lo alto de las montañas, antes de llegar a Ayerbe (Huesca).

Sería ese día el 14 de septiembre cuando, muy pronto, vimos un pastor con su rebaño. Al tomar contacto con él, conocedor de lo que ocurría, dijo que sería muy difícil que ocurriera algo que nos impidiera llegar a los milicianos que defendían la República. Tal y como había hecho con otros, dejó el rebaño y nos condujo por parajes que nadie podía creer que pudiera andar un ser humano. Nos acompañó hasta el pueblo de Rasal, donde sólo existía un camino de caballerías y éste venía del embalse de Arguis (hoy

tampoco hay carretera, únicamente existe una pista). En Rasal nos llevó a casa del alcalde, quien por cierto ya había hecho lo que estábamos haciendo nosotros y ahí dormimos, si bien en la paja, bajo techo, locos de contentos por la cena que varias mujeres de esos pequeños pueblos nos ofrecieron a los pocos minutos de estar con ellos.

Tengo que decir que fui el único en manifiestar mi deseo de dormir fuera del pueblo, para más seguridad, porque pensaba que tan próximos a conseguir nuestro objetivo sería una grave torpeza no lograrlo. Mas los amigos no lo entendieron así y todos dormimos en la cuadra y casa del amigo alcalde.

Al amanecer del día 15, cuando emprendimos al camino que nos conducía al embalse de Arguis y luego a Nueno, los ocho o diez kilómetros a recorrer fueron risas, corridas y algunas veces canciones, hasta que llegamos a abrazarnos con los milicianos, que estaban en este último pueblo. Estos compañeros nos acompañaron luego al pueblo de Apiés, cerca de Huesca, donde se encontraba el mando de aquella zona. Facilitaron todos los objetos y prendas que nos hacían falta y entonces, con pena, me desprendí de las albarcas del amigo Quitín Laita, con emoción.

Ese mismo día nos inscribimos en la lista de unas milicias organizadas y controladas por la CNT (tendencia anarquista) y a los dos días nos llevaron, sin armas, con los compañeros que ocupaban posiciones en lo que se llamaba Lomas del Monte Aragón, y unos días después bajamos a reforzar, en Quicena, pueblo próximo a Huesca, a los compañeros que ocupaban la carretera de Huesca a Estrecho Quinto; que entre este y los ocupantes del castillo de Monte Aragón sobrepasaban los 250 componentes. Hasta que un día antes de amanecer vimos cómo una manifestación se acercaba hacia nosotros y ante nuestra impotencia, pues

estaríamos 20 ó 25, usamos de lo que se dice "enemigo que huye, puente de plata". Y cuando el día amaneció, en el alto del castillo estaba la bandera blanca. Fue mi bautizo de guerra.

En estas milicias creo que estuvimos hasta finales de enero de 1937. Entonces, como en enero se había organizado en Caspe el batallón 118, llamado Cinco Villas, con un porcentaje muy alto de hombres de nuestra comarca, se nos autorizó el traslado a éste, que ocupaba posiciones por la parte de Orma de Gállego y proximidades de Sabiñánigo. Esto después de pasar dos o tres semanas en Barbastro.

Quiero recordar que las milicias de nuestra incorporación las mandaba el teniente coronel Villalba, de la guarnición de Barbastro. Cuando llegó nuestra incorporación al batallón Cinco Villas, aunque eran muy pocos los militares de carrera, este tenía una estructuración legal. Ocupaban los puestos de responsabilidad los elegidos por aquellos que participaron en su creación.

La 4ª compañía, a la que fuimos destinados, se encontraba en el pueblo de Spiés, muy próximo a la carretera, después de bajar Monrepós, en dirección a ~~huésc~~ ^{huésc}. Allí pasamos cierto tiempo sin ocupar las posiciones, haciendo algo de preparación militar. Incluso instrucción, que a mí me gustaba poco.

Mi primera actuación en el frente fue entre Orma de Gállego y Sabiñánigo, a la derecha, donde el tren lo teníamos a tiro de fusil. Como el amigo Eusebio ~~de~~ sustituto, a media noche, en mi puesto de vigilante avanzado, de los parapetos, y antes de amanecer, el enemigo atacó por otro lado cuando éste se reintegraba a los parapetos. Los compañeros, creyendo que se trataba del enemigo, le dispararon y produjeron su muerte. Si el

error hubiera sido a la inversa la víctima hubiera sido yo, quizás.

Transcurrieron algunos meses hasta que, sobre el 20 de septiembre, nos congregaron en Yesero, cerca de Biescas. y creo que fue al día siguiente, después de anochecer, cuando tomamos posiciones y cercamos la localidad. Al amanecer del día siguiente, cuando yo acompañaba al capitán José Cuartero (de Pradilla), de quien era su enlace, a cuatro patas como si dijéramos, y dos metros detrás de él, le dieron un tiro en la cabeza. Su muerte fue en el acto.

Al dirigirme a otros compañeros próximos para dar la noticia me anunciaron la muerte, por un mortero, de mi paisano ^{Valentín} ~~Valentín~~ Elorri Cortés. Después de dos noches y media un compañero de Biescas, que no había visto el sol desde principios de la guerra, salió a decirnos que el enemigo había abandonado el pueblo, en dirección a Panticosa. Aquello fue para mi un pequeño consuelo.

Transcurridos unos días por las proximidades de Biescas, liberado el ~~14 de octubre~~ ^{22 - Septiembre}, a todo el Batallón Cinco Villas nos congregaron en el lugar dicho La Punta del Buey, entre Sabiñánigo y Biescas. Cuando se quiso ocupar la posición del enemigo en la cumbre, éste huyó sin resistencia. Pero durante el día 12, el Pilar en Zaragoza, la artillería enemiga nos había causado gran número de heridos y muertos, entre ellos Bonifacio Lana e Hipólito Cortés (éstos de bala) y Mariano Lizáldez Alastuey, a quien un obús le cortó el brazo izquierdo por el hombro, falleciendo antes de llegar al primer hospital, en Boltaña.

Pasados aquellos días, horribles para los compañeros de Farasdués, en el curso de noviembre se me hizo la propuesta de ocupar el puesto de comisario político de compañía, cosa que no acepté en principio. Acepté después la propuesta convencido por

los argumentos del compañero José Longás, ex-alcalde de Tauste, comisario político del batallón Cinco Villas, y Antonio Garulo, ex-alcalde de Zuera, con gran responsabilidad en este batallón.

Aceptado este destino ocupé el puesto en la 2ª compañía del batallón 4 ó 5, brigada 72, que formaba parte también de la ~~cuarta~~ ^{4ª} división, compuesta por aragoneses residentes en Madrid, en su mayoría, y que había reclutado el compañero Eduardo Castillo, diputado socialista, con algunos procedentes de Guadalajara, en los primeros días de la guerra.

Mi nuevo puesto de responsabilidad lo empecé a ejercer en una posición en las proximidades de la línea del ferrocarril de Orma a San Juan de la Peña. Y esto hasta que en abril de 1938 se rompió el frente de Huesca y otros lugares próximos. Al quedarnos ahí incomunicados nos hicieron abandonar las posiciones, llegando hasta Boltaña y Aísa y puesto que ya se nos había cortado el camino no hubo otra solución que tomar la dirección de La Afortunada y Bielsa, donde además de no correr ningún peligro en el alto de aquellas montañas también restábamos fuerzas al enemigo, para tenernos cercados. Así se creó lo que después se llamó La Bolsa de Bielsa, de la 43 división.

Como sólo teníamos libre la parte de la frontera francesa, era por ésta por donde nos llegaba el suministro de alimentación y munición. Esta situación (creo) duró desde finales de abril a finales de julio de 1938. Alcanzada esa fecha, como teníamos que movernos por territorio, ^{francés} al llegar ahí debíamos entregar todas las armas y objetos relacionados con la guerra. Al sitio que yo llegué era Bañeras de Luchón, en el Haute Garonne (Toulouse). El tren que allí cogimos nos llevó hasta Gerona. Una vez aquí nos dieron quince días de permiso, que casi todos pasamos en

Barcelona. Esto nos hizo recordar cómo se dormía sin pantalones y en sábanas blancas.

Como en esta ciudad catalana se encontraba el compañero y amigo Manuel Albar, al frente de la edición de El Socialista que allí aparecía, y puesto que todos éramos sus amigos, organizó una cena en los locales del partido, en la Diagonal. Creo que estuvimos unos cien y fueron momentos de reencuentro y de alegría. Tengo que decir que cada uno pagó su parte, pues ni el partido ni él tenían posibilidad de invitarnos.

Hago referencia a este hecho porque para mí tuvo importancia. Como a los postres Albar tenía el compromiso de intervenir a aquella hora en Radio Nacional, se levantó y dirigiéndose a mí dijo: "Yo me tengo que marchar pero quiero que antes mi amigo Teodoro Campos cante una jota". Cosa que hice gustoso. Entre los comensales se encontraba un compañero que era colaborador suyo en El Socialista, y uno de los mecánicos, el primero valenciano y el segundo asturiano, después de la cena se acercaron a mí y quisieron que pasáramos unas horas juntos por Barcelona, y así fue.

Pero lo más importante para mí ocurrió en agosto de 1948, cuando llegado a París, en mayo anterior, me encuentro al compañero asturiano José Secades. Después del abrazo, y tras decirme que estaba trabajando en un periódico, me preguntó por mi situación y tuve que decirle que estaba sin trabajo. Nos citamos para el día siguiente y a las doce fuimos a ver a un compañero suyo, jefe de la sección mecánica de otro periódico, y a las dos de la tarde empezaba a trabajar, en un ambiente y con unas condiciones que yo nunca pensé.

El trabajo para mí era desconocido, pero debido a mi esmero y mi comportamiento con los compañeros conseguí ser uno más. Incluso

durante muchos años tuve la responsabilidad de una máquina de fabricación de material para el montaje de las páginas del periódico, y era yo quien veía las necesidades. El periódico se llamaba El Equipe, exclusivo de deportes, que sigue siendo el organizador del Tour de France.

Cuando en 1953 el compañero Albar, de regreso a México, pasó por París y vino a comer con nosotros, le dije lo que había resultado para mí aquella cena de Barcelona. Fue para él una satisfacción el que indirectamente hubiera participado en algo que fue trascendental para mi vida. Si con Albar fui reconocedor, con el compañero asturiano José Secades fuimos dos verdaderos amigos, y el contacto fue permanente en París, pues para mí la amistad tuvo y tiene gran importancia.

Y volviendo a donde estábamos antes de este grato recuerdo, de regreso a Gerona fuimos cambiados de destino. El Ejército en aquella época creó la 55 división y bastantes de los que teníamos puestos de responsabilidad en la 43 fuimos enviados a esta nueva unidad, con el correspondiente ascenso. Lo que hizo que cuando mis anteriores compañeros salieron rumbo al Ebro, mi destino me llevara a las proximidades de La Seo de Urgel. Fue a la entrada de esta población, en la carretera, donde me hice cargo del puesto de comisario político del batallón. Este batallón, que se había organizado en Santa Julia de Lcira, yendo a Andorra, tenía unas posiciones a ocupar al norte de La Seo de Urgel, y hacia ellas nos encaminamos. Esto fue hacia finales de agosto de 1938.

Este sector, que era nuevo para nosotros y bastante tranquilo en cuando a combates, tenía establecidas unas trincheras que no distaban 80 metros del enemigo, por lo que no convenía sacar la cabeza.

Como para muchos la misión de comisario político en el ejército será desconocida, diré que era algo así como un control para los jefes militares. Todas las órdenes de estos necesitaban la firma conjunta del comisario, y sin ella no tenía validez. El comisario que empezaba por la compañía tenía la misma graduación que el jefe militar de cada unidad. No era igual cuando se trataba del comisario del batallón, que podía y daba partes a los de la compañía o al superior, que era la brigada, sin que el militar pudiera intervenir.

Como norma se estableció que el comisario velara por cubrir las necesidades del soldado y con contacto moral con éste. El batallón lo mandaba el capitán de la primera compañía, José Díez, residente hoy en Zaragoza, hasta que un día se presentó en nuestro puesto de mando un señor con la categoría de comandante, disponiendo de orden para tomar el mando de éste, cosa que hizo. El comandante era de carrera, tenía una edad avanzada y quizás no buena salud. Los días transcurrieron y él no salía de nuestra chabola sino para hacer sus necesidades, por lo cual no visitaba las posiciones ni conocía a los oficiales de la compañía. Esto para mí era una gran preocupación, si bien estaba en contacto permanente con José Díez, por si ocurría algo de parte del enemigo.

Pasados quince días me creí en la obligación de dar parte el comisario de la Brigada y sobre 48 horas después le vino la orden de dejar de nuevo el mando del batallón en manos del capitán Díez. Y lo hizo sin ver un parapeto. Entre otras cosas era nuestra misión, y podía ser un peligro que este señor desconociera las posiciones y los oficiales que tenía bajo sus órdenes.

En aquellas posiciones, llamadas Piedras de Aolón, a unos 40 kms. de La Seo de Urgel, si bien reinaba la tranquilidad, se presentó un caso, casi personal, que quiero recordar. Encontrándome solo un día, en lo que era nuestro cobijo, se presentaron dos señores muy bien trajeados (mejor que yo) que por lo galones ^{de} exhibían eran teniente coronel y comandante del Ejército republicano, como igualmente testimoniaba la documentación que me presentaron. Ambos eran de nacionalidad rusa y el segundo sabía algo de castellano, pero el primero nada. Después de los saludos, fríos por mi parte, el comandante me preguntó si quería enseñarle la documentación de que disponía, es decir los partes recibidos del comisario de la brigada, y copias de los que yo le enviaba, así como de los comisarios de las cinco compañías de que se componía el batallón. Mientras ellos iban examinándolos, y puesto que los comentarios los hacían en ruso, yo me daba cuenta de que el contenido no les agradaba mucho.

No estaba equivocado, porque después de su largo comentario y de entregarme la documentación, el que mal hablaba nuestra lengua me dijo: "camarada, en toda la documentación que usted nos ha entregado no hemos encontrado una mención de elogio para que los soldados de unidad conozcan la ayuda que Rusia aporta a la República española". Yo le contesté: "si no elogio es porque yo sé que el Estado español paga con antelación todo lo que nos llega de su país. Y lo que se paga no merece ningún agradecimiento". Me contestaron que ellos estaban ahí para ayudarnos y yo le repliqué que habían venido para imponernos su dictadura y que de eso ya teníamos bastante con el enemigo que teníamos en frente. que lo mejor que podían hacer era volver a su patria, que necesitábamos soldados, no intrusos como ellos, y que en nuestro país sus asuntos nos perjudicaban.

El tono de nuestro diálogo fue este, y cuando se marcharon me dijeron que tuviera cuidado, que algún día me llegaría algo desagradable, y esto sí que lo tuve en cuenta. Cierta tiempo después siempre fui acompañado, pero esto fue poco antes de que terminara la guerra.

Alternando un poco mi relato me referiré al ambiente que vivíamos en los campos de concentración. El hecho de nuestra derrota y las perspectivas de nuestro exilio hacía que moralmente reinara el pesimismo. Cuando se planteaban los comentarios entre nosotros, siempre coincidíamos los amigos republicanos, los anarquistas y socialistas, en recriminar a los comunistas por haberles preocupado más la política y ocupar los puestos de poder, que el enemigo que teníamos en frente. Después del 3 de septiembre, cuando Alemania, Francia e Inglaterra declararon la guerra, y Alemania y Rusia firmaron un pacto de no agresión, los amigos comunistas nos decían: "como las democracias de Europa van a desaparecer y muy pronto sólo habrá fascistas y comunistas, no tendréis más opción que ser una cosa u otra".

Creo que el hilo de la Historia ha sido justo con los que como yo siempre quisimos la libertad para vivir, y fui su defensor. Sin odio, por supuesto, para aquellas personas que estaban equivocadas.

Si volvemos a la posición de Piedras de Aholo, éstas las abandonamos para ir a participar en los combates que se libraban en el río Segre, en Lérida. Puesto que habíamos perdido muchos de los componentes de las unidades, dieron orden de replegarnos a Ripoll (Gerona) para formar un batallón de lo que quedaba de la brigada 178 (siempre de la 55 división), y los encargados de esta misión fuimos José Díaz y yo. Esto sería ya a finales de enero de 1939, y el día 10 de febrero recibimos orden de ocupar posiciones

próximas a Figueras. Los camiones que vinieron a buscarnos sólo tenía cabida para tres compañías, así que yo me quedé en Ripoll con las otras dos. Mientras esperábamos las fuerzas enemigas cortaron la carretera y no fue posible unirmos a los compañeros que había marchado por la mañana.

Ante esta situación, que cada vez era más crítica, no tuvimos otra solución que tomar la dirección de Camprodrón, y de ahí a la frontera francesa por la carretera que hoy existe y que entonces sólo era una excavación. Como en la parte francesa no había ni eso, los camiones y todo que no eran cosas personales iban al fondo de las rocas, para que el enemigo no se aprovechara.

Yo, puesto que mi maleta se la habían llevado por la mañana los compañeros, era poseedor únicamente, al atravesar la frontera, de un macuto, con una muda en él y una manta que cogí de los montones que abandonamos en la frontera.

Aquel 13 de febrero de 1939, al pasar la frontera que representaba la marcha de nuestro país y la llegada a otro desconocido, fue para mí un momento grave. Tenía satisfacción por haber participado en aquella lucha que, según sigo creyendo, fue tan justa que quizás hechos posteriores no nos permitieron ser los vencedores. Estábamos alegres por haber salido ilesos, pero temerosos de lo que el porvenir nos reservaba.

Tengo que decir que los primeros días en Francia no fueron para rebosar de optimismo. Cuando llegamos al primer pueblo francés, Prats de Mollo, por cierto muy bonito, nos refugiamos en un soto. Ese fue nuestro primer cobijo y como en febrero los árboles no tienen muchas hojas, entre las estrellas y nosotros no había nada.

La suerte quiso que el que había sido capitán de Estado Mayor en la brigada donde yo desempeñaba mis funciones, era maestro y hablaba francés, por lo que las autoridades francesas lo tenía como intérprete. A los cuatro o cinco días de aquella situación me transmitió la orden de hacer una lista con unas 250 personas, pues venían camiones a buscarnos y llevarnos a la orilla del mar para ocupar unas barracas que allí se estaban construyendo. Me ayudaba en estos menesteres Gabriel Marco, a quien me había encontrado.

Recuerdo que fuimos a buscar al compañero Arsenio Gimeno, de Zaragoza, y como no se había levantado todavía, tenía encima del abrigo y la manta unos cuantos centímetros de nieve, que había caído aquella noche. Para nosotros esta situación se acabó aquel día, pero para otros duró 15 días más.

Hay que recordar que entre el 10 y el 20 de febrero, según se dijo entonces, atravesamos la frontera alrededor de un millón de personas, entre soldados y paisanos. Es por ello que cuando llegamos a Barcares, nuestro destino no lejos de Perpignan, aunque a los oficiales no nos lo permitían todos los restantes componentes de la expedición, y todos los días, tenían que participar en el montaje de otras barracones, lo que hizo que aquello que se convirtió en un campo de concentración, nos reuniera a unos 65.000 exiliados..

En este sitio nuestra presencia duró hasta el mes de septiembre. Con motivo de la declaración de la guerra con Alemania, el día 3-9-1939, lo destinaron a la concentración de los movilizados de este país.

Como para esta fecha ya eran muchos los que habían abandonado los campos, la mayor parte enrolados en compañías de trabajo, sobre todo para las necesidades del ejército francés (cosa que yo traté

de evitar), los que quedamos en Barcares fuimos a ocupar los sitios dejados por otros compatriotas. Esto hasta precisamente el 15 de ~~septiembre~~^{diciembre} de este año, en el campo de Angeles Sur Mer, fecha en la que se terminó para mí el estar entre alambres.

En los últimos tiempos de estar internados (según creo recordar) todos anhelábamos embarcar hacia Sudamérica. Estuve con mi primo Fausto Tris, en ese mes de diciembre, esperando la documentación necesaria que nos tramitaba Eduardo Castillo, diputado por Zaragoza. Hubo una oferta para salir a trabajar, con una empresa bastante halagüeña, y como de no aceptarla nos enrolaban en compañía de trabajo, optamos por la oferta y tomar luego contacto, para que nos transmitiera a nuestro nuevo domicilio la documentación. Cuando se nos contestó fue para decirnos que la documentación había llegado al campo de concentración al día siguiente de nuestra salida, con la mención de "ausentes".

Esto hizo que por 24 horas nuestro destino no fuese América, sino Francia, máxime teniendo en cuenta que el barco que debíamos tomar fue el último que salió de Burdeos por causa de la guerra ya en Francia.

Al optar por la oferta de salir a trabajar, la vida no cambió mucho. Seguíamos viviendo en barracones, aunque algo mejores, pero íbamos a buscar la comida con el plato. Si disfrutábamos de libertad después de trabajar doce horas, nos encontrábamos con las limitaciones de un sueldo bajo, ya que después de dos meses en esta situación nos dieron una cantidad inferior a la mitad de lo que les daban al resto que, como nosotros, participaban en la construcción de una fábrica para el montaje de aviones.

Debió de ser sobre primeros de abril cuando ya la construcción de dicha fábrica estaba terminada. Entonces nos pusieron a disposición de un explotador forestal, para que nos ganáramos la

vida cortando leña. Unos pocos que procedíamos de la agricultura aun teníamos alguna aptitud para ello, pero para los que tenían carrera o eran "chupatintas", como se decía, la situación resultaba grave.

Después de un tiempo en este ambiente, un día se presentó un señor en donde estábamos cobijados, en busca de alguien que supiera conducir los caballos. Como era mi caso y había aprenido alguna palabra en francés, en el campo de concentración, pudimos entendernos. Al día siguiente empecé con mi nuevo empleo, que consistía en transportar leña de los bosques. Pero esto duró poco en su primera etapa, ya que llegó la invasión alemana a Francia.

Rechazando la oferta de que me fuese con mi patrono y su familia, compartiendo hasta el último céntimo de que disponían, decidí marchar a engrosar las caravanas de franceses que ocupaban las carreteras. Cuando habíamos hecho más de cien kilómetros sé que dijo que el ejército alemán nos había rebasado.

En un pueblo cuyo nombre no recuerdo, el Ayuntamiento nos dio lo necesario para dormir en lo que era la sala de baile. Allí estaríamos sobre 10 ó 12 días y como la situación económica se iba agravando, dieron la orden de que cada uno volviera al lugar donde estaba antes. Puesto que todo estaba paralizado, mi regreso fue a pie y con la maleta, que aunque pesaba poco había que llevarla. Tengo que decir que al emprender el éxodo por las carreteras, para evitar complicaciones, voluntariamente me desprendí de los carnets de la UGT y del Partido Socialista.

La recepción que me dio esta familia fue cariñosa y con ellos conviví y trabajé durante tres años. Me marché por mi propia voluntad a la ciudad de Burges para hacer una vida más agradable. Si bien el trabajo no faltaba, se notaba y se sufrían las privaciones que la ocupación del Ejército imponía, puesto que se

Antonio

llevaban para su país lo que ellos querían. En Francia teníamos que sufrir el racionamiento y como debíamos acudir a cenar a la tasca o restaurante, nos veíamos obligados a recorrer dos sitios cuando el bolsillo lo permitía, ya que había "plato único". De no ser así, casi seguro que el sueño era ligero, porque con el estómago vacío mal se duerme.

Esta situación duró varios meses, hasta volver a los trabajos del campo, donde no había privaciones. Y más tarde a los bosques a hacer carbón vegetal, donde con unos hornos metálicos hacíamos los trabajos necesarios durante el día, para que luego se quemara por la noche. Así la vida era un poco menos esclava, vivíamos en la abundancia de alimentos y quizás hasta en lo económico. Duró casi hasta el año 1848, como ya ha quedado reseñado con anterioridad, que fue cuando acertadamente hice mi traslado a París.

Si hacemos un ligero resumen de 32 meses de guerra en España y diez meses de vida en un campo de concentración, más la ocupación alemana que se terminó a mediados de 1945, llegamos a la conclusión de que para mí el horror de la guerra duró 9 años. Nosotros, lógicamente, éramos sabedores de que en Francia estaban parte de las tropas alemanas que habían luchado contra nosotros, y sabíamos que decenas de miles de compatriotas perecieron carbonizados en los crematorios nazis.

Si antes decía que era la falta de alimentos la causa para que abandonara Bourges, tengo que añadir que no me agradaba mucho encontrarme en las calles de esta ciudad con los soldados ocupantes, sobre todo porque sabía que un día podía ser víctima de sus represalias.

Tan pronto como Francia fue liberado se planteó el problema de que había que reorganizar la UGT y el PSOE. Siete compañeros que

estábamos en la empresa del carbón, y algunos que vivían en pueblos limítrofes, formamos nuestras dos organizaciones. Así pude sustituir los dos carnets abandonados en la huida y tomar contacto con los compañeros de la ciudad de Bourges (Cher) que, según dicen, se encuentra en el centro del territorio francés.

En el mes de mayo de 1948, cuando decido irme a París, influyó bastante en mi decisión el que mi cuñado Sebastián Soteras decidiera regresar con su familia. Sebastián se encontraba hospitalizado en las proximidades de París y la enfermedad que sufría era parálisis, que progresaba de forma rápida. Así que el 27 de octubre por la tarde tomamos el tren en dirección a Hendaya, donde al día siguiente nos juntamos con mi madre, mi hermana Vicenta y su hija Rosario, que vino desde Barcelona pues quería verme, ya que se había criado conmigo y con mi madre desde muy pequeña.

El encuentro fue algo que cuenta mucho para mí, ya que hacía doce años que no había visto a mi madre y fue la última vez que la vi. Este tuvo lugar en Hendaya, en la parte más próxima a la estación con España y estaban acompañadas por un capitán del servicio de Aduanas. Duró sobre dos horas, después de muchos ruegos y lágrimas de mi madre. Mi cuñado, que muy pronto tuvo que usar una silla de ruedas, se vino a España y yo tuve que regresar a París, pero contento. Había estado dos horas con mi madre, mi hermana y mi sobrina.

Después de estos años de gran movimiento, la vida transcurrió de forma normal, con un trabajo agradable que empezaba (como he relatado anteriormente) en aquellos meses de 1948. Puesto que me absorbía durante muchas horas, mi vida transcurrió ocupándome como militante socialista y algunos veces disfrutando, modestamente, de los encantos de París. Tengo la satisfacción de

haber disfrutado durante 25 años de una ciudad y un país de los que siento y sentiré nostalgia.

El año 1970, pensando algo en el futuro y en el sol del sur, nos trasladamos en nuestras vacaciones con mi esposa Elisa a la parte de los Pirineos, cerca de Toulouse. Había ido a conocer el sitio donde un compañero de trabajo (francés) había comprado un solar para construir una vivienda al jubilarse. Al regreso, en un pueblo próximo que se llama Montrejeau, vimos que se anunciaba un conjunto de parcelas que contarían con instalaciones sanitarias y urbanísticas para construirse en el mes de noviembre de ese mismo año. Así fue como nos hicimos propietarios de una de ellas.

La casualidad hizo que pronto me diera cuenta de que en la estación de ferrocarril de ese pueblo del que yo me proponía ser vecino (y lo conseguí) fue donde en julio de 1937 pasamos en retirada por Francia. Ahí fue donde nos preguntaban a todos; ¿con la República o con Franco?. Los pocos que deseaban con Franco cogían el tren hacia Irún; y los más en dirección a Barcelona, a seguir luchando.

Como en 1973, a mis 63 años, se presentó la posibilidad de acogerme a unos acuerdos establecidos entre patrones y obreros, del ramo de la prensa, el uno de abril de 1973 dejé voluntariamente mi empleo. Hasta dos años después estuve inscrito en el paro, que conseguí el primero de abril de 1975. *mi jubilación.*

Mientras esto ocurría, en septiembre de 1973 habíamos cambiado nuestra residencia de París a Montrejeau. En 1974 construyeron un pequeño chalet, que fue nuestra vivienda desde diciembre de ese mismo año. Fue una suerte la elección de este pueblo, pues en la casa en que fuimos a vivir había otros inquilinos de procedencia española. La primera semana ya compartíamos café en su mesa y ellos en la nuestra.

Recuerdo así nuestros desplazamientos del domingo, para tomar café tras la comida, a casa de nuestros amigos, él nacido en Cáceres, Miguel Macías, y su esposa llamada Jeannete, poseedores de una empresa de transporte de viajeros. Cuando les dijimos que nos veníamos para España ella lloró, creo que de verdad.

Como al poco tiempo de convivir con estos y otros amigos me sentía tan compenetrado, pronto adquirí la doble militancia socialista. Recuerdo unas elecciones en las que fue reelegido el alcalde socialista, pero el primer teniente de alcalde se llamaba desde entonces Raimond Pueyo y el segundo Guy Macías, hijo de los amigos, y otro concejal Raimundo Moreno, tres apellidos poco franceses, aunque ellos sí lo eran.

En noviembre de 1975, con motivo de la desaparición del dictador de nuestro país, sentí la alegría de que en España las cosas no podían seguir como estaban y que el cambio tenía que traer en primer lugar más libertad y más tarde mejor vivir. Al vislumbrarse la restauración de la democracia por la que tantos sacrificios habíamos tenido que hacer y pasar, sobre todo desde aquel 18 de julio de 1936, pensé en la decisión que tenía que tomar.

La decisión no podía ser otra que volver, porque me sentía socialista y también quizás porque en mí existía (y existe) el recuerdo de tantos que fueron menos afortunados que yo al no poder escapar de las hazañas criminales de los que se propusieron que, como ellos, todos pagáramos con nuestra vida el hecho de ser socialistas. Y si algunos pudimos escapar no fue porque no manifestaron su deseo, ni porque no dejaram de intentarlo.

Tengo que decir que sin la existencia de estos argumentos mi decisión podía haber sido otra, pues más de 38 años en un país, donde la vida -vuelvo a decir- me fue grata, la libertad era

total y contaba con la amistad de muchas gentes que fueron mis amigas (y a las que siempre fue fiel), también representaba una dejación. Sin embargo, pisé tierra española el 26 de mayo de 1976 por primera vez desde aquel febrero de 1939, y mi domicilio lo establecí en Zaragoza en agosto de 1977.

No me da vergüenza decir que oficialmente siempre fui español, y sin embargo la ausencia o la costumbre a la vida en Francia hizo que durante ya no meses sino años me sintiera en mi país más extranjero que al otro lado de los Pirineos.

Como al tomar la decisión de mi regreso también adquirí el compromiso de cumplir con mi deber de militante socialista, la segunda vez de mi venida a Zaragoza entré en contacto con los compañeros de Zaragoza, en el Coso Bajo, número 157, donde estaba la sede, en cuya puerta de entrada sólo estaba la inscripción Fundación Tomás Meabe, que creo fue cofundador, con Pablo Iglesias, de El Socialista en España.

A partir de ese día, y puesto que había perspectivas de celebración de elecciones, una de las primeras gestiones que yo hice, por correo, fueron encaminadas a conseguir mi derecho al voto. Para ello remití la documentación necesaria al Juzgado de Ejea de los Caballeros. Cuando ya las elecciones fueron convocadas me personé en dicho juzgado preguntando si, como esperaba, estaba bien inscrito. Mi sorpresa fue grande cuando el empleado me contestó que no estaba y que no podría votar. Le contesté lo siguiente: "usted se ha olvidado de que ya no se pueden tirar los papeles que ya no gustan a la papelería, y que eso no se quedaba así". El enfrentamiento fue violento y le dije que no me marcharía de allí sin que me diera una solución favorable, así que cuando pasaron varios minutos otro empleado su puso a comprobar que en listas más recientes figuraba mi nombre.

Sin mi empeño en defender mis derechos, esos empleados seguro hubieran conseguido su objetivo de que yo no votara.

Con las elecciones ya convocadas tomé contacto con los compañeros de Zaragoza y les envié todos mis datos con el deseo de que me prepararan la credencial de interventor por el PSOE para la mesa de voto de mi pueblo, Farasdués, pues tenía el empeño de repetir lo que ya había hecho en todas las consultas electorales, menos en la del 12 de abril de 1931.

Quiero recordar que también me llevé una pequeña decepción el miércoles antes del domingo 15 de junio, fecha de las elecciones, cuando habíamos llegado de Francia. Por la tarde me personé en la sede del partido, en el Coso Bajo, y al encontrarme con el compañero Isidro Azorín (y hoy amigo) responsable de este servicio, me dijo que no lo había preparado y que ya era tarde, pues tanto las credenciales de los pueblos como las de la ciudad estaban tramitadas y no se podía conseguir para la mía el aval de la Junta Provincial Electoral.

Esto me recordaba el incidente del Juzgado de Ejea, pero estaba más tranquilo y hasta seguro de que conseguiría mi empeño, pues tenía derecho a exigir y así fue. El viernes día 13 el compañero Azorín me entregó la credencial de interventor para Farasdués y el sábado, después de acompañar a mi esposa al tren para Madrid, que es donde ella iba a votar, cogí el camino de mi pueblo. Todo estaba en orden, pues el presidente de la mesa disponía de la comunicación necesaria que le había enviado la Junta Electoral Provincial.

Aunque mi objetivo no era ese, el hecho de que yo estuviera allí representando al PSOE causó su efecto. Para pocos, desagradable, pero para los más una gran satisfacción y afirmación de lo que iban a votar. Por mi parte, a la lógica alegría se anteponian los

recuerdos del pasado y la visión de tantos que allí faltaban y cuyo vacío sería eterno.

La jornada transcurrió con armonía, pues en la mesa sólo estábamos, además de sus componentes y un representante del PCE, dos de la UCD, la lista de Unión General Democrática de Izquierda y yo por el PSOE. Es decir, cuatro, lo que hizo que una señora de Orés que se había casado después de julio de 1936 dijera: "Cuántos extranjeros hay aquí"; a lo cual yo le contesté: "si se une usted a estos tres amigos serán cuatro, pues un servidor es nacido en Farasdués y usted no".

La satisfacción para mí llegó al final del recuento de votos, pues en aquellos tiempos difíciles se dio este resultado: AP (Derechas) 33 votos. UCD (Centro) 38 votos. UGD (Izquierdas) 2 votos. PCE (Comunistas) 3 votos. El Partido Socialista Histórico 3 votos. El Partido Socialista Popular de Enrique Tierno Galván 36 votos. Y el PSOE 52 votos. En total hubo 94 votos socialistas.

Yo recuerdo que el compañero comunista me felicitó muy fuerte y me dijo que después de pasar el día conmigo y lo que les había contado del pueblo, no esperaba otro resultado. Añadió que deseaba que en el resto del país los resultados fueron iguales.

Cuando después de terminado el escrutinio bajamos a entregar los resultados en un bar de Ejea, el compañero que estaba para recibirlos, Enrique, maestro en aquella época en Pinsoro, me dijo: la responsabilidad que yo ejerzo aquí me da vergüenza, pues te corresponde a ti. Aquel día pensé que había estado en algo representando y al acordarme no hice nada para evitar llorar. Fue algo que tenía que hacer, pues los recuerdos me lo imponían.

Siguiendo con mis sorpresas desagradables, recuerdo que en agosto de 1977, habiendo adquirido ya nuestro derecho de vecindad en

Zaragoza, pensamos con mi esposa en inscribirnos en el censo de esta ciudad. Al aproximarse la fecha del Referéndum para ratificar la Constitución, tuve también un enfrentamiento con el responsable de la oficina del censo. Me vi obligado a pasar bastantes minutos ahí, escuchando siempre la misma respuesta del empleado, que tranquilizaba a la gente diciéndole que no se preocupara que estas elecciones no tenía ninguna importancia y que el sí estaba asegurado.

No fui ninguna excepción. cuando me llegó el turno, pero no le dejé acabar, ya que le contesté: "no vengo a preguntar lo que tengo que hacer, sino si lo puede hacer. Si le agradaba más servir al régimen anterior puede abandonar su empleo y no traicionar al Estado que se está creando en nuestro país. Es usted un traidor", le dije además, entre otras cosas que mi memoria me impide recordar. En fin, que no se me daban muy bien las visitas a los despachos oficiales de aquellos días.

Cuando llegaron las primeras elecciones municipales, en 1979, se me consultó para incluirme en la candidatura del Ayuntamiento de Zaragoza. Di mi aceptación, pero no me dieron el puesto que yo pedí, que era el 30 de los 31 que componían la lista. Me colocaron en el 26. Yo siempre pensé que la modestia era una cualidad y además lo he practicado.

Cuando en diciembre de 1979 se disolvió la Agrupación Local del PSOE en Zaragoza por la Ejecutiva Provincial, fui uno de los cinco compañeros designados para formar la Comisión Gestora que rigiera los destinos de los socialistas de Zaragoza durante los seis meses que marcaban los estatutos. Fue elegido presidente y fueron momentos difíciles pues no existían -como yo lo entendía y sigo entendiendo- la concordia necesaria para que la familia socialista fuera fuerte.

Si bien haciendo el relato de mis vivencias durante nuestra guerra civil y corta que desde noviembre de 1937 hasta su fin en febrero de 1939 tuve la responsabilidad de comisario político de la compañía, y luego de batallón, lo que equivalía a capitán y comandante, no disfruté sin embargo de las ventajas, pues durante este tiempo la cantidad en metálico era la misma que para un soldado de segunda. cosa que no fue lo mismo para otros que recibían su paga conforme al grado adquirido.

La suerte quiso que en octubre de 1984 el Gobierno publicara una disposición por la cual, bajo presentación del nombramiento en el Boletín Oficial del Estado, todos los oficiales de las fuerzas republicanas teníamos derecho a una pequeña pensión a partir del primero de enero de 1985, siempre previa solicitud al Ministerio de Defensa.

Como después de la solicitud en su tiempo, en el mes de abril conseguí y adjunté fotocopia de mi nombramiento en la compañía, y aunque todo estaba en regla, el hecho de que los ingresos en mi casa eran superiores a 85.000 pesetas fijadas como tope, me excluía de este derecho. Hasta marzo de 1987 yo estuve exento de este beneficio. Así que cincuenta años después yo recibí el tributo de los años de la guerra.

Soy poseedor de un nombramiento que dice: Observaciones. "El titular de esta tarjeta tiene derecho a lucir con el traje civil, y en su caso el uniforme, la distinción que como ex-combatiente de las Fuerzas Armadas y de Orden Público, el creado el 12-9-1986 el Consejo de Ministros, así como a las consideraciones propias de su condición de tal". Y en el otro lado se dice: "Tarjeta de identidad de oficial de las Fuerzas Armadas de la II República Española". Con el sello de la Secretaría General de Clases Pasivas.

En agosto de 1977 establecí mi domicilio en Zaragoza, y con el paso de los años mi vida se normalizó y mi mayor anhelo fue servir el pensamiento socialista, que tanta importancia ha tenido en el transcurso de mi vida. Siempre he tratado que mi actuación correspondiera con los motivos que me impusieron mi regreso a estas tierras aragonesas, que por las circunstancias que me obligaron a abandonar, no había olvidado.

La militancia socialista me había bastado y satisfecho durante años y, sin embargo, poco tiempo había transcurrido cuando en Zaragoza se disolvió la Agrupación Socialista y como los estatutos dicen, se tuvo que crear una gestora que se responsabilizara del funcionamiento. No fue algo agradable, pues hubo tensiones que yo no compartía ni creían facilitaban el entendimiento y la concordia que los creadores de la idea socialista nos había enseñado, sobre todo a los que como yo nos embarcamos en la galera del socialismo tan jóvenes.

Al empezar a hacer el relato de mi compromiso con las ideas socialistas sabía que lo haría de una forma modesta, puesto que modesta es mi persona. Pero esto me ha permitido recordar mi pasado y la conclusión que yo guardo para mí no es otra que la de un socialista que supo comprender la esencia del socialista, empleando la ética y la honradez que debe ser el blasón de todo aquel que se diga militante socialista, para que el PSOE no se aleje de los postulados que le dieron Pablo Iglesias y otros compañeros en el año 1978.

TEODORO CAMPOS SOTERAS

(Zaragoza, noviembre de 1991).